

## BIBLIOGRAFIA

---

**R. Monner Sans.** — DE GRAMÁTICA Y DE LENGUAJE. —

Bajo este título común Don R. Monner Sans ha reunido en un volumen de trescientas páginas una serie de artículos filológicos ya dados separadamente a la estampa en diversos diarios y revistas.

El nombre sólo del autor,—que en la mente de quien maneja libros de literatura va estrechamente asociado a la severa y correcta doctrina literaria,—es la mejor presentación que pueda hacerse de una obra cuyo principal propósito es encarecer la gallardía y el donaire del habla castellana, mostrándonos variados modelos de sus gracias y bellezas más sobresalientes pero lo que a nadie se le ocurre, por la sola enunciación del título de este libro, es que sea posible hallar en él materia amena y primoroso estilo, dos cualidades que a primera vista parecen reñir con la austera monotonía propia de los tratados gramaticales.

El señor Monner Sans, como generalmente escribió estos trabajos para lectores de periódicos o para algún auditorio más o menos desprovisto de ciencia filológica, ha seguido el consejo de unir el saber a la gracia, y por cierto que no se quedó en el camino al realizar su intento; pues si por la erudición abandonada en las páginas que acabamos de leer, podemos pensar que sean el fruto de muchos años de observación y de lectura, en cambio todo aquéllo está sazonado con tan sabrosos decires y tan jovial y travieso ingenio que nos parece descubrir a través de lo escrito un espíritu juguetón y lleno aún de juvenil lozanía.

Sin embargo no se debe tomar esto último en sentido tan absoluto, porque a la condición de joven van siempre unidas cierta inquietud innovadora y alguna inclinación a dejarse seducir por los gustos y pareceres del vecino; todo lo contrario de lo que hallamos en el docto escritor de que hablamos, quien, como español y literato de auténtica cepa clásica,

es profundamente conservador de su idioma, y aun diría, hasta algo injusto con los que obligados por las necesidades de la cultura científica o filosófica nos vemos en el trance de leer más libros "forasteros" que españoles, para llegar al fin de cuenta a no saber cómo traducir al castellano del siglo de oro un capítulo de Schopenhauer o una página de D'Annunzio.

El señor Monner Sans es un enamorado del idioma castellano: lo quiere y admira como si realmente fuese una novia, y lo alaba y requiebra con tanto entusiasmo que nos hace parecer pálidas y anémicas las bellezas de los otros idiomas romances. Hé aquí unos párrafos de cierto gramático francés, que transcribe el señor Monner Sans con gran júbilo de haber hallado un "galo" que diga tales cosas de la fabla española: "La lengua española, enteramente calcada sobre la lengua latina, adoptó de ésta la osadía y la concisión; es decir las inversiones graciosas y las construcciones elípticas. Rica, armoniosa y sonora, la lengua castellana fué gradualmente depurándose hasta llegar, bajo la pluma de autores clásicos, a ser lo que es: la más majestuosa de Europa. Parece, por la alternativa feliz de las consonantes con las vocales, que el genio de la Grecia haya presidido a su formación: melodiosa sin empalagamiento, nerviosa sin rigidez, grave sin rudeza, digna sin afectación; es la única entre las lenguas modernas que reúne la armonía griega junto con la majestad latina, etc. etc." Después de leer tales elogios, escribe el señor Monner Sans: "¡Cómo no lamentar que cerremos los ojos a la luz y nos complazcamos en hundirlos en las tinieblas! ¡Cómo no apesadumbrarse al contemplar que despreciamos purísimos chorros de oro por reemplazarlos por lingotes de áureo latón o pulido cobre!"

Claro está que esa cita y el comentario que le sigue van enderezados a dar golpes sobre los introductores de galicismos e italianismos, que tanto abundan en nuestro país, donde además de la variedad de razas que lo pueblan existe otra razón importante para que la lengua castellana se bastardee, y es que jamás se habló ni aprendió de labios maternos el idioma de Cervantes y Quevedo, puesto que lo más nutrido de la inmigración española, desde la conquista hasta el presente, no fué sin duda gente docta y versada en el habla que hoy es la académica y correcta, sino emigrantes de diversas

comarcas españolas, que trajeron consigo sus dialectos y jergas regionales por lo mismo que no todos eran castellanos y menos aún hombres de letras. Mas por los pasajes transcritos,—si es que debemos atenernos a su letra,—descubrimos que la castellana es la lengua **más majestuosa de Europa...** y la **única entre las lenguas modernas que reúne la armonía griega junto con la majestad latina**; y además, que todo lo que nos puedan prestar los demás idiomas no será más que **áureo latón o pulido cobre**, comparado con los **purísimos chorros de oro** de nuestra lengua.

Sin querer rebajar las bellas cualidades fonéticas del idioma castellano ni hacer comparaciones, que según el decir del propio Cervantes son siempre odiosas, preguntáramos a qué se debe que la mejor traducción de la Iliada no esté precisamente en castellano, o porque es imposible trasladar a nuestro idioma el vigor, la sonoridad y la concisión del Dante, o qué razón hay para V. Hugo hablando como Don Juan Valera nos parezca pequeño y ridículo, ó cómo podríamos traducir la serenidad y la majestuosa armonía de este verso de Leopardi:

“E il naufragar m'è dolce in questo mare”

o los ritmos de las Odas Bárbaras de Carducci, ora rápidos y turbulentos, ora tranquilos y acariciantes, y a las veces tan delicados y aéreos que el labio no se atreve a marcarlos con la rudeza de la voz humana.

Pero, repito, el señor Monner Sans admira su idioma como a una novia, y ya sabemos cuán pálidos y míseros suelen parecernos los encantos de todas las mujeres, por pícaras y hermosas que ellas sean, cuando más brinca en el alma la sonrisa de la mujer amada o el gracioso girar de sus pupilas: son parcialidades de enamorados, a quienes, por la razón de estarlo, se les debería prohibir hacer comparaciones con el objeto de su elección sentimental.

Dejando esto de lado y asimismo la obstinación del señor Monner Sans en no admitir que el castellano se enriquezca aún más con nuevos giros y voces que las necesidades de la cultura moderna y el capricho popular aceptan e inventan en nuestro medio, tan distinto ya del que lo inició, en los pri-

meros pasos de la civilización y del lenguaje literario, hay que admirar en la obra que da motivo a esta nota la gran habilidad del autor para manejar el tesoro de refranes castellanos, cuya clasificación parece haber sido uno de los deleites del señor Monner Sans. Los artículos que llevan por títulos: “Paremiología infantil”, “Paremiología mercantil” y “La mujer y el matrimonio”, son graciosos ejemplos de cómo bastaría conocer a fondo y tener al dedillo el inagotable refranero español para discurrir sabiamente y tener buen consejo, hasta en asuntos de tantos riesgos y consecuencias como la paternidad, el comercio y el matrimonio.

En resumen: esta obra que viene a aumentar la ya crecida colección de libros y folletos del señor Monner Sans, además de ser agradable por sus cualidades de estilo, es útil para quien aspire al conocimiento de las escondidas y olvidadas bellezas de nuestro idioma.

*L. M.*

---